

de España. Excelente contenido, aun cuando es de advertir en él escasez de alusiones a Murcia. Ilustración con estampas románticas de monumentos y paisajes, de muy sugestivo aliciente. El romanticismo, entre sus cualidades buenas, tiene ésta de ofrecernos lo real, no con fría objetividad, sino a través de una deformación deliberada, que es una interpretación. Si en el arte hay algo más que un objeto inerte; si, como conviene creer, es un aldabón que llama a la puerta de nuestras emociones, o bien mano ya suave ya enérgica que pulsa dentro de nuestro ser el cordaje del sentimiento, en cada instante en que actúa sobre el espectador, produce un temblor de colaboración, y nos despierta de la pasividad simplemente receptiva para hacernos mil veces partícipes en cierto modo de la fruición creadora.

Ese libro de las estampas románticas, leído por mí algún día después de invitármese para intervenir en este acto, me sugirió un pensamiento inicial que coordinaba perfectamente los elementos dispersos del tema.

Son sus primeras palabras las que vienen a mí propósito como anillo al dedo. Expresan, no una idea original, sino cierta verdad indiscutible, y digna de reiterada consideración. «Si un concepto —dise así— pudiera ser cifra del pasado y del presente de una nación, el de España sería este: *diversidad*».

En lo geográfico, basta para persuadirse de ello con recorrer unas cuantas provincias españolas. Sería superfluo señalar ahora las radicales diferencias que distinguen la meseta castellana de la montaña cantábrica, y las campiñas gallegas de las huertas levantinas o de los campos andaluces, y, afinando bien, unas huertas levantinas de otras. En lo étnico, rasgos muy acusados establecen notable diversidad entre el hombre vasco y el catalán; entre el manchego y el aragonés; entre el de Murcia y el de Asturias. El trabajo delimita zonas nacionales donde predomina la industria, y otras en las cuales la actividad es casi exclusivamente ganadera, y en otras, minera o agrícola. La His-

